

## GABO EN EL LLANO—Leonel Pérez Bareño<sup>1</sup>

Agosto, 1984. El presidente Belisario Betancur llama a Héctor Moreno Reyes, el jefe del Departamento Administrativo de Intendencias y Comisarías, DAINCO, y le dice: "Por ahí como el domingo nos llega Felipe González con su familia, que vienen a Colombia de vacaciones... llévelos unos días al Llano, al Amazonas; tráigame el plan mañana temprano...!Hasta luego!...". El jefe del Estado español llega a Cartagena con su esposa Carmen, sus dos hijos y un sobrino, obviamente a la Casa de Huéspedes Ilustres. Por estos días estaban también en la ciudad cuatro cercanos amigos del presidente: el Nóbel de Literatura 1982 Gabriel García Márquez y su esposa Mercedes, y Alejandro Obregón y su esposa Josefina del Valle. Todos fueron invitados por Betancur a conocer el Llano y la selva.

Moreno Reyes, en su calidad de organizador del viaje, los recibió a todos en el aeropuerto de Cartagena, desde donde viajaron a Marandúa, Vichada en el avión presidencial, el día miércoles 22 de agosto de 1984. Sobre una amplia zona semidesértica el presidente Betancur planeaba construir en dicho lugar una Base Militar donde algún día se pudiera inducir una ciudad que fuera el corazón de la llanura vichadense. Allí estuvo la magnífica comitiva. Sin embargo el ambiente natural era fastidioso. Mucho bichito los tenía en jaque. La abundancia de zancudos y moscos empujó a los ilustres visitantes a continuar con rapidez la correría. "Vámonos pa` Casanare, aquí hay mucha vichada", gritó alguien. Todos saltaron al avión literalmente espantados. La tarde no era joven. Se dirigieron entonces al hato San Pablo, de Adolfo Reyes, localizado en Orocué, Casanare, en un viejo y eficiente *Casa 212* de Satena. Nuevos invitados, que esperaban en Marandúa, engrosaron el grupo inicial: Manuel García Miranda, embajador de España en Colombia, el general Alberto Guzmán, comandante de la FAC, el general Ernesto Caviedes, jefe de la Casa Militar, y Paolo Lugari, entre otros. Rumbo al norte el avión buscó su objetivo. El aguacero arreciaba. Los seguía un avión *Arava* de la FAC y dos helicópteros.

San Pablo es un hato emblemático del Llano por su arquitectura natural, delicada, afanosa de honrar el trabajo manual sin metales ni alambres, confiada en bejucos, palmas y majaguillo, madera ideal para asegurar frescura en las viviendas. Paredes de ladrillo hecho en el hato y techo de

---

<sup>1</sup> Conversaciones con Héctor Moreno Reyes, autor del libro *Tiempo y distancia*, Adolfo Reyes y familia, y el arpista Darío Robayo, permitieron reconstruir la travesía.

palma que se cambia cada quince años, garantizaban el porte y la eficacia de una construcción admirable<sup>2</sup>.

El avión aterrizó en la pista de San Pablo bajo torrencial aguacero en una pista típica del Llano, ruda, de sabana curtida por el tiempo y cuando ya en silencio caía la tarde sobre la planicie casanareña. Infortunadamente la pista estaba convertida en un lago recubierto de barro. El aparato como un perro fiel se posó con cuidado sobre el suelo, sin embargo la pericia del capitán de la nave no pudo evitar que esta se ladeara y se atravesara en mitad de camino antes de cubrir su recorrido. “El avión aterriza levantando agua a cántaros entre los charcos y se detiene al fin, sin novedad. Mas cuando el piloto inicia el viraje para dirigirse a la casa, una rueda se entierra y el avión queda allí sembrado como una roca!”, según Moreno.

Gabo, preocupado por lo ocurrido, fue calmado por Moreno, quien, como buen piloto y conocedor del Llano, estaba curado de espantos. “Si España le declara la guerra a Colombia, ya sé Héctor que fue por tu culpa”, le dijo el Nóbel a su anfitrión, entre chanza y disgusto. “Y quién se baja del avión con este palo de agua, cómo atravesar el barrizal tan tremendo?, se preguntaron varios. Desde el avión fueron a la casa principal del hato conducidos por Adolfo, piloto y dueño del hato, en su propia avioneta que sólo permitía tres pasajeros para carretear la nave. En cinco viajes llevó a los visitantes a la casa enfrentado a la tormenta y el barro. Miguel Ángel Martín, el reconocido compositor de *Carmentea*, coordinador de la velada cultural, trató de apoyarlo en un viejo Suzuki de color café pero pronto descubrió que le esperaba una enterrada de la madona y desistió.

Además de Gabo , González y Obregón, esperaban con paciencia las esposas, los niños, el embajador, los generales, Lugari, los pilotos y tres guardaespaldas de González, “tres churros, dice María Virginia, hija de Adolfo que entonces tenía 15 años, refiriéndose a los escoltas.” Ocurrió que las maletas de los pasajeros venían en el *Arava*, el cual no pudo aterrizar por la manera como se atravesó el primero, de tal forma que el dueño de casa tuvo que repartir las ropas de su armario e improvisar una feria de camisas usadas, pantalones viejos, chingues y sandalias que distribuyó entre los huéspedes. Como era previsible, con la contextura de Adolfo Reyes la mayor parte del ajuar era talla L, así que en cada prenda podían caber dos personas. Toña, la esposa de Adolfo, llevó a las tres señoras a su alcoba y les dijo: “Tomen lo que quieran, todo el contenido de mi clóset es de ustedes”. Mercedes, la mujer de Gabo, estuvo muy contenta al encontrar un traje guajiro que le quedó

---

<sup>2</sup> Muchos ilustres personajes han pasado por allí, como presidentes de la República, el artista griego Mikis Theodorakis y el gobernante español Calvo Sotelo.

perfecto. “Sabes, le dijo a Toña, viendo estas ropas y cobertores con flequitos blancos, me acuerdo mucho de mi casa, son igualitos a los que usaba mi familia”. Allá entre el barro y el aguacero inclemente un tractor halaba al avión para que se acomodara y pudiera decolar el día siguiente.

Según el plan trazado, los pilotos y personal de apoyo logístico, irían a dormir a Orocué, pero tras el incidente del avión atravesado hubo necesidad de acomodarlos a todos en las casas del ható. Había alrededor de 50 personas, un grupo inusualmente grande para los anfitriones.

Tras la re-vestida improvisada se inició la reunión social. Allí estaban el maestro Miguel Angel Martín, en compañía de un conjunto de música llanera integrado por Darío Robayo al arpa, Aries Vigoth y Merardo Tovar en la canta, Gilberto Castaño en las maracas y Ricardo Zapata al cuatro. Un conjuntazo! Con su elegante liqui liqui, Martín era el padrote de la guafa. Esta delegación había llegado primero que todos en el avión de DAINCO, junto a personal de la logística pertinente.

En la cena se impuso, por supuesto, la ternera a la llanera. Al entrar con fuerza la noche negra del Llano la quietud fue rota por el parrando llanero que inundó de arpas, cuatro y maracas la enramada repleta de gente importante. No faltaron el contrapunteo y las alabanzas de los cantantes a su tierra inmensa y bendita. No faltaron las coplas para exaltar la personalidad de los invitados quienes aplaudían con placer, admiración y afecto. Felipe González muy contento se paró y fue hasta el rincón de los músicos a felicitarlos, en especial a los contra-punteadores Tovar y Vigoth. “Gabo es un poco petulante, ni se inmutó con el contrapunteo”, anotó el maraquero. “A lo mejor es tímido”, dijo el cuatrista.

Tras el parrando la multitud se fue dispersando poco a poco, hasta que quedaron cinco personas en la inmensa sala: González, Obregón, Gabo, Moreno y Martín. Los cuatro primeros hablaron de política y de las profundidades filosóficas del poder, el último prefirió observar. El más locuaz, González; el más callado, Gabo. Allí permanecieron hasta la una de la madrugada. Toña, la anfitriona les sirvió picada de ternera, maíz pira, tinto y aguapanela con “calados”, unas tostadas que sus huéspedes jamás habrían de olvidar. “Lejos estuve de prever que esta gente lo que toma es vino y se me olvidó proveerlo, sólo llevé cerveza y aguardiente. Tan animados estaban que agotaron pronto las existencias y al otro día no había una gota de algo para tomar”, cuenta Toña de Reyes.

Amaneció sin prisa. El sol saludó con toda fuerza el día y los prestigiosos visitantes. “Ya vengo, voy donde Rafaela, la vecina que río arriba vende cerveza y aguardiente”, dijo Adolfo a sus huéspedes y se dirigió a la canoa. El río estaba preñado de nueve meses y medio; no le cabía una

gota adicional de agua; cargaba mucho tronco y basura, señal que estaba creciendo aún más y amenazaba con rebozarse. Súbitamente Adolfo advirtió que no iba solo. Una fila india de nueve hombres y tres mujeres lo seguía. La encabezaba Felipe González. “Nosotros te acompañamos” le dijo a Adolfo y agarró fuerte la canaleta para patronear la canoa. Se sentó adelante y una vez cargó sus pasajeros les dijo sonriente, “Nos vamos”. El dueño de hato conmovido ayudó a organizar la “expedición del licor”, mientras ocultaba la preocupación por el peso de tanta gente en esa pequeña canoa que amenazaba con voltearse el momento menos pensado. “Lo malo de esto es que yo no sé nadar”, dijo Mercedes. Con dicho aviso, más rápido cundió el afán de Adolfo. Afortunadamente la diligencia fue corta y el retorno pronto. Al desembarcar el respiro fue profundo. La cerveza se puso más provocativa que nunca.

Un suculento desayuno típico, de tajadas, carne tierna, chocolate, cuajada, arepas y envueltos, exaltó la exquisitez gastronómica llanera. Vino luego el “trabajo de Llano”, con coleo incluido, que todos contemplaron expectantes. Felipe González cabalgó feliz por la sabana. “Qué tal que nos vieran en Sevilla con estos caballitos”, musitó. Gabo no quiso jinetear. Tal actividad le resultaba muy ajena, quizá por temor a caerse del caballo pero más probablemente por no abandonar siquiera un instante una mochila que apretaba con intenso y no disimulado celo. En un césped preciso jugaron fútbol. Al fondo los peones ensayaban jaripeo. Los paseantes estaban radiantes, gozaban el verde eterno de un territorio virgen, espléndido y óptimo para potenciar los sueños. González estaba en plan de descanso activo, Gabo de descanso pausado. Se movía de un lado a otro y siempre culminaba tendido sobre la hamaca, su lugar preferido. De vez en cuando sacaba una libreta y anotaba cosas. Le sonaba mucho la leyenda de Florentino y el diablo, que sin duda le recordaba a “Francisco el hombre” del imaginario vallenato. De otro lado, hizo migas con Aristides Daza, el caporal de San Pablo, un criollo cetrino, de piel limpia y mirada certera, porte elegante y contextura armónica, que le cayó especialmente bien. El Premio Nóbel de Literatura le preguntaba por nombres de personas, árboles y flores.

Obregón, el más simpático y cordial con la peonada, se arrimaba y les charlaba, brindaba con aguardiente en una mano y tinto en la otra. A la madrugada fue con su mujer hasta el establo donde dormían los artistas y les pidió música llanera. Parece que inició un romance muy intenso con el joropo y los pasajes, pues no se cansaba de escuchar y tararear los ritmos de los sabaneros. Para todos tenía una palabra cariñosa y una sonrisa generosa. “Era alguien muy especial”, dice Toña.

Setenta soldados al mando del coronel Harold Bedoya, jefe del Batallón Guardia Presidencial, tenían la misión de garantizar protección alrededor del hato, además que debían

mantenerse completamente mimetizados para los visitantes. Escondidos entre las matas de monte y las sabanas circundantes vigilaron el lugar un día antes y los dos días que duró la estadía de Gabo y sus amigos en San Pablo.

La permanencia allí, planeada para sólo un día, después de llamar al presidente Betancur, se prolongó por un día más. El segundo día predominó el descanso en hamacas y la tertulia magnífica que se diluía en horas inolvidables. Con el transcurrir del tiempo aparecieron los bostezos y llegó entonces la hora de la tortilla española, dirigida por Felipe González. Para ello pelar papas era imperativo. “Una tortilla para 40 personas”, dice Adolfo. Y ahí fue el momento en que Gabo sobre una carretilla puesta al revés peló papas junto a González, Obregón y las señoras. Los niños del jefe del Estado español que jamás habían visto a su padre en estas bregas, aprovecharon para hacerles preguntas sobre el arte de cocinar. Las niñas de Adolfo, María Virginia y Ana María, así como su prima Chava, observaban curiosas a los ilustres señores con sus mujeres. Y allá a lo lejos, los vaqueros y los músicos, cuchicheaban sobre el quehacer legendario del trabajo de Llano. Merardo Tovar, un cantante araucano de portentosa chispa e imaginación, y de una simpatía desbordante, argumentaba a los peones que él si era puro criollo capaz de tumbar una res y de cumplir en pocos minutos el trabajo de un llanero nato. Aunque los trabajadores no le creían todo cuanto decía, le escuchaban lelos las hazañas que iba tejiendo en el remolino de sus simpáticos relatos.

En un instante de sosiego llegó la intendente del Casanare Luz Marina González quien saludó a los presentes y les obsequió tres hamacas como recuerdo de la vista a su territorio.

Al día siguiente el cielo se llenó de helicópteros. Por lo menos siete se aparecieron para llevar la comitiva a Gaviotas. Los visitantes recorrieron el Centro experimental entre un bosque inmenso de pino caribe y cafetales de sabana, molinos de viento y pequeñas turbinas que expulsaban agua por doquier. Súbitamente en un patio envuelto en polvareda todos cayeron ante el embrujo de una cerda muy especial. Sin prisa y con especial estilo la marrana exhibía su cola en la espalda, como salida de *Cien años de soledad*. Gabo, que hasta ese momento se creía el inventor de los cerdos más estafalarios, la acarició incrédulo, sin dejar de sonreír y celebrar su estampa.

Continuaron su rumbo hacia Inírida según el plan trazado, pero tal propósito no pudo ser logrado como consecuencia del terrible aguacero que azotó la zona. Hubieron de desviarse hacia el parque de El Tuparro. Inírida estuvo muy emocionada y muy triste en un mismo día. “Teníamos todo un recibimiento digno del Nobel. Estábamos muy emocionados. La gente experimentó inmensa alegría cuando supo del acontecimiento. La

existencia de libros de Gabo de la única librería del pueblito se agotó. Era increíble. Además de la intención de leer determinada novela, al adquirir la obra todos pensábamos en un autógrafo. Cuando por radio comunicaron la dificultad ocasionada por la tormenta y por lo tanto la cancelación del viaje a Inírida, quedamos sumidos en completa frustración. Se nos cayó el sueño de mostrarle al ilustre escritor parte de las bellezas naturales del Guainía: fauna, flora, leyendas y en general el embrujo de la selva, elementos que seguramente lo hubieran inspirado para escribir sobre el Macondo donde habitan los delfines rosados”, dijo la ex-comisaria Graciela Ortiz de Mora.

La “aventura” como la llamó Gabo en una nota que le firmó a Moreno en una edición de *El otoño del patriarca* continuó en El Tuparro. Allí “unos insectos microscópicos llamados *coloraditos* se dan un festín en las piernas del presidente González. Su desespero sólo alcanza alivio cuando, después de ensayar toda suerte de repelentes, le aconsejamos aplicarse generosamente astringente bucal”, acota Moreno. En El Tuparro la exaltación de la naturaleza no podía ser más sobrecogedora. Playas, bosques, fauna y flora, todo era sorprendente y bello. El Edén debió suceder en el Tuparro. La legión ilustrada que comandaban Gabo y el presidente González caminó sobre senderos enrojecidos por la acidez del suelo y arropados por un follaje más azul que verde por el castigo de muchos inviernos inclementes. Antes de llegar a la primera casa, los visitantes pudieron ver un espectáculo único: entre las ramas de un arbusto de hojas color zapote una flor de color vino tinto sangre devoraba literalmente una diminuta araña que tuvo la mala suerte de caer en su instante de hambruna. Los visitantes, mudos de asombro, vieron por vez primera una planta carnívora.

El viaje siguió hacia Leticia, cuyo trayecto aéreo fue sublime para Gabo. Sin superar su conocido temor a los aviones, insistía en señalarle a Mercedes con su índice derecho el esplendor sagrado de la selva y el impresionante cañón del río Caquetá que en un rincón delirante escondía el caserío de Araracuara, otrora una cárcel muy temida y ahora un incipiente laboratorio de investigaciones botánicas. La espuma de las aguas parecía querer tocar el avión que bramaba como mil toros desbocados. Observaron el gran río Amazonas con enorme atención. Jamás habían soñado tamaña orgía de aguas dulces. Era el colmo de la exaltación. Al aterrizar, varios jeeps los esperaban.

Cenaron bien y temprano. Conversaron poco tiempo y todos quisieron ir pronto a sus recámaras a descansar. En la madrugada, tras un desayuno delicioso de frutas amazónicas – copoazú, guanábanas enormes y jugo de arazá-, los visitantes, guiados por el famoso *Capax*, se fueron de pesca. Soñaban con un exquisito y gigantesco *pirarucú*. Mas la pesca no fue pródiga. Llegaron con las manos vacías y las caras destempladas. Se dirigieron entonces a Puerto Nariño

sobre el río *Amacayacú*. Pasaron antes por la *Isla de los Micos*. Durmieron en el hostel del hermoso pueblito, orgullo del corazón amazense. Sonó la hora de retornar a casa.

El paseo terminó. Llegan a Bogotá, donde el Presidente Belisario Betancur los esperaba. Después se supo que en la mochila de Gabo, además de 300 hojas que escondían un escrito llamado *El amor en los tiempos del cólera*, el autor escuchaba en la plataforma de su imaginación un nombre: Florentino, y un apellido: Daza.

Cuando han pasado exactamente treinta años de la visita, María Virginia dice, “El más feliz de todos era Felipe González”. “Y Mercedes”, agrega Toña, su madre. Años después Adolfo y su familia fueron recibidos dos veces por González en La Moncloa, la casa de gobierno del líder español, quien los invitó a cenar. Con Gabo, Adolfo se encontró en Bogotá en el restaurante Salinas, donde el Nóbel le hizo dos preguntas; la primera, “¿Y tu mujer todavía hace esa aguapanela tan deliciosa que nos dio con calados?”; la segunda, “¿recibiste la colección de mis libros que te envié firmados?”. A la primera Adolfo contestó, “sí, por supuesto”; a la segunda, “no”.

Leonel Pérez Bareño

Abril, 2014